

**INTERIORIDAD,
ESPIRITUALIDAD Y
ESPIRITUALIDAD CRISTIANA.
NUESTRAS OPCIONES**

Documento de Trabajo



COMISIÓN DE EDUCACIÓN SJ

Compañía de Jesús · Avda. Moncloa, 6 - 28003 Madrid

Estas reflexiones están tomadas de una selección de ideas, y en muchos casos de párrafos literales completos, de:

AA.VV.; *La interioridad un paradigma emergente*, PPC, Madrid, 2ª Ed., 2004, 219 págs.

AA. VV.; *¿De qué hablamos cuando hablamos de interioridad?*, Cristianisme i justícia, Barcelona. 2013, 28 págs.

ALONSO SÁNCHEZ, Ana; *Pedagogía de la Interioridad. Aprender a ser desde uno mismo*; Ed. Narcea, Madrid, 2011, 158 págs.

No el mucho saber harta y satisface el ánimo,
mas el sentir y gustar de las cosas internamente.
S. Ignacio, EE. EE. nº 2.

<u>ÍNDICE</u>	<u>Pág.</u>
Motivación	
1.- INTERIORIDAD	
a) Un paradigma emergente y ambiguo	
b) Necesidad y oportunidad	
c) Por qué interioridad apostamos	
2.- ESPIRITUALIDAD	
a) Interioridad y espiritualidad	
b) Cultivo de la espiritualidad.....	
3.- ESPIRITUALIDAD CRISTIANA	
a) Espiritualidad y Dios.....	
b) Jesucristo, culmen de la interioridad	
c) Espiritualidad para la entrega	
4.- INTERIORIDAD, EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN EN LOS CENTROS DE LA COMPAÑÍA	

MOTIVACIÓN

En ambientes educativos hay cierta insatisfacción con lo que se está haciendo. Se hace un gran esfuerzo pero pareciera que no se alcanzan los fines deseados. Estamos inmersos en culturas nuevas, con percepciones y estructuras psicológicas nacidas desde imágenes y pantallas, configuradas desde fuertes estímulos externos. Se constata que nos encontramos ante nuevos retos para educadores y pastoralistas.

Quizá por éste, y por otros motivos complejos, y también por los avances en los conocimientos de la neurociencia, se vive hoy en la educación un interés notable por conocer mejor el fondo más profundo e íntimo de las personas, para alcanzarlo más y mejor desde la tarea educativa; se pretende ayudar a enriquecer a los sujetos cultivando lo más íntimo suyo. Palabras como interioridad, educación emocional, competencia espiritual o espiritualidad, inteligencias múltiples... forman parte del discurso pedagógico y pastoral actual.

Parece necesaria una reflexión iluminadora sobre el particular, que clarifique, hasta donde sea posible, este ámbito, que a primera vista puede parecer difuso, pero que sin duda es determinante para la misión de nuestros centros educativos; y debemos hacerlo desde nuestra identidad de centros educativos jesuitas, de modo que ello nos ayude a realizar nuestras apuestas educativas con la mayor lucidez posible y desde nuestra raíz e identidad.

Lo que sigue es un documento de trabajo vivo, que pretende propiciar la reflexión y el diálogo, que quiere animar a cuestionar nuestros modos de hacer y nuestros enfoques, para orientar adecuadamente nuestras programaciones de enseñanza y de aprendizaje.

Va dirigido a todos cuantos tienen capacidad de liderazgo en los centros: Equipos directivos, Responsables de dimensiones, Coordinadores de calidad, Equipos de áreas diversas... porque son ellos los que, desde lo que se dice aquí, pueden orientar sus planificaciones y enfoques, de modo que toda la acción educativa y evangelizadora del centro esté adecuadamente dirigida al fin que la Compañía pretende, desde el contexto y las posibilidades que nadie mejor que ellos conocen.

1.- INTERIORIDAD

a) Un paradigma emergente y ambiguo

En estos últimos años se ha puesto en boga este vocablo de interioridad y se ha escrito mucho sobre él y sobre lo que le rodea. Con él se incide en aspectos de la persona relacionados con los caminos para recobrar el sentido de la vida, se apunta a la felicidad, que siempre y todos buscamos y que parece cada vez más escurridiza. Con la palabra interioridad se busca subrayar la importancia que en la cultura actual se da a la subjetividad, y al proyecto vital, se enfatiza con ello una dimensión de la persona que hoy consideramos muy importante: la autonomía.

Con interioridad se hace referencia a un ámbito que engloba: cuerpo, pensamientos, sentimientos, sensaciones, emociones..., un ámbito que acoge diferentes acciones o movimientos no tangibles: sentir, gustar, imaginar, rumiar, querer, asumir, reconocerse, razonar, recordar... Se alude al ámbito del mundo interior, allí donde resuena lo que recibimos del mundo exterior, donde pensamos, donde reflexionamos, donde procesamos los impactos que recibimos, donde sentimos y nos emocionamos. Es el espacio para sentir la individualidad y la libertad, sentir la conciencia profunda de nosotros mismos.

Por interioridad se entiende no tanto lo que se opone a “lo exterior”, sino una determinada manera de vivir “lo exterior”, el mundo y la vida. El encuentro con el fondo de nuestro ser. Interioridad es cómo comprender y procesar el mundo y lo externo de una determinada manera. Lo que suena y resuena en nuestro interior, sin pormenorizar analíticamente de qué se trata.

El vocablo interioridad se quiere utilizar intencionadamente como una acepción abarcante y difusa, y por ello resulta muy difícil dar una definición de lo que se puede entender por interioridad.

En todo caso, hay que constatar que con interioridad se alude a una dimensión antropológica fundamental de la persona, con la cual se dan las condiciones para la subjetividad, las emociones, la escucha, el sentimiento, la receptividad, la conciencia, el autoconocimiento, el saber sapiencial...

Es lógico que la psicología, la pedagogía o la pastoral vuelquen sus preocupaciones sobre este ámbito tan decisivo para el desarrollo y la felicidad de las personas. Se hace así patente una necesidad de acercarse al yo íntimo del sujeto, en lenguaje religioso al alma de las personas

Ahora bien, porque al hablar de interioridad decimos tantas cosas y caben tantos enfoques, resulta imprescindible encontrar criterios de discernimiento para distinguir un rico mundo interior, capacidades de resonancia con la realidad, aptitudes originales de expresión de lo íntimo, emociones adecuadamente procesadas, personalización... de lo que pueden ser sutiles engaños del subjetivismo y de egolatría, que tanto daño pueden ocasionar. En este tema de la interioridad también existe la trampa narcisista, el ego traidor que recluye al sujeto en sus intereses y le encierra en su mundo pequeño y ficticio.

Muchas de las ofertas actuales para el descubrimiento de la interioridad la reducen a su nivel psíquico, la confunden con la mismidad del sujeto, la oponen a la exterioridad y a la

alteridad como incompatibles con ella, y presentan el camino para su realización bajo la forma de la autosatisfacción del sentimiento, de “sentirse bien en su propia piel”, del ensimismamiento; la reducen al ejercicio de dilatación de la conciencia y la consecución de una felicidad identificada con el logro de estados de ánimo placenteros. Y esto para los educadores se convierte en preocupante.

b) Necesidad y oportunidad

El ser humano, efectivamente, es demanda de felicidad, autorrealización, conocimiento, intimidad, capacidad de amar, sensibilidad, capacidad de decidir libremente y acción. Todas estas actitudes se enraízan en el fondo sin fondo del “yo” humano. Nacen de la más profunda interioridad, pero la sentimos abierta al infinito; esto es algo incomprensible para el sujeto humano, ya que sólo es conocido por conjeturas, mediante indicios y síntomas, muchas veces indirectos.

Nunca podremos alcanzar la última puerta del propio conocimiento, según el lema *nosce te ipsum* (conócete a ti mismo). Pero, descubriéndonos a *nosotros mismos* y buceando en nuestras entrañas, trascendemos las pulsiones inmediatas para descubrir su relación con los deseos y aspiraciones más profundas del corazón.

Dicen que lo que no está dentro no está en ninguna parte. Así pues la insistencia de nuestro tiempo en la interioridad es una oportunidad educativa. La experiencia nos dice que si el educador quiere influir en el educando de manera duradera, con profundo respeto a su libertad, debe tratar de alcanzar ese *santa sanctorum* que es su mundo interior, donde se toma conciencia de sí, donde se admira y contempla, donde se emociona y se toman decisiones, donde se asumen responsabilidades. Pero no resulta fácil porque lo interior, la interioridad, es lo más simple de intuir y a la vez lo más inabarcable. Se escapa del poder de la palabra y se muestra esquivo; aunque se revela en la relación, en el actuar, en la escucha, en el asombro, en la sensibilidad, en el silencio...

Si algún momento vital es propicio para el cultivo de la interioridad éste es el de la infancia y de la adolescencia, porque por su psicología y su plasticidad es el momento en el que descubrir y enriquecer la interioridad, que con mucha probabilidad se conformará de tal modo que acompañará toda la vida.

Los educadores, si de verdad quieren educar y no domesticar, tienen una gran oportunidad en el cultivo de la interioridad, aunque debemos ser conscientes de que ello requiere tiempo y espacio. Implica un proceso. Y no está de más recordar aquí que en pedagogía, donde ponemos nuestro tiempo, allí se encuentra lo que de verdad valoramos.

c) Por qué interioridad apostamos

Desde la visión cristiana presupuesta en nuestra pedagogía no nos interesa cualquier tipo interioridad. Hemos de apostar por una *cultura de la interioridad*, por supuesto. Una cultura que recupere al hombre interior y su capacidad para reflexionar, discernir, amar y optar en libertad personal desde lo más hondo de su ser; pero desde una antropología cristiana, apostar por una cultura y un cultivo de la interioridad no puede significar intimismo, ni solipsismo, ni marginación insolidaria. Ante el prestigio de las ciencias positivas, corremos el peligro de mutilar la

interioridad reduciéndola a su dimensión meramente psíquica, sin reconocer su potencial de apertura a la trascendencia.

La reciente insistencia en la interioridad es una llamada de atención, bien necesaria, a educadores y pastoralistas, para prestar atención a la personalización, al yo más personal e íntimo del sujeto, al reconocimiento y adiestramiento del manejo de los estados emocionales; pero también constituye una advertencia para ponernos en guardia, a todos los que nos decimos seguidores de Jesús, para no dejarnos seducir por unos discursos de ideologías de la autorrealización y para recelar de esa cultura del yo obsesionada monotématicamente por el “¿qué sucede en mí?”, “¿cómo me siento?”..., del universo que gira en torno al propio yo y que aleja de la servicialidad y el interés por los otros.

Para los centros educativos vinculados a la Compañía, desde nuestra identidad y carácter propio, es imprescindible esta apertura a la trascendencia y a los otros. Cultivar la interioridad de las personas es dotar a las personas *de entrañas*, para crecer en capacidad de compasión y descentramiento, es hacerlas *entrañables*, de tal manera que sean capaces de asumir respuestas y compromisos.

El contraste entre la dimensión interior del ser humano y su implantación en las condiciones materiales de la existencia –ya que estamos radicados en el tiempo y en el espacio– manifiesta en nosotros la siguiente “contradicción” o, mejor dicho, complejidad: somos corporales, limitados y limítrofes, pero descubrimos inmediatamente en nosotros algo que trasciende el tiempo y el espacio; algo que es ilimitado, que asoma a lo infinito. La tesis principal es que la interioridad humana, la más íntima, está abierta a lo infinito y eterno.

Ninguna de las dos dimensiones humanas (la corporalidad que nos arraiga en la tierra y la espiritualidad que nos abre a lo divino) puede ser reprimida. La criatura humana no es contradictoria, pero se mueve entre historia y trascendencia, entre contingencia y eternidad. No podemos anclarnos solamente en una de estas dos dimensiones.

Por ello la vuelta al interior de sí mismo, que ahora tanto interesa, no puede ser la meta última, eso sería un camino sin salida y frustrante. Más bien debe ser la condición indispensable para el reconocimiento de la Presencia que lo habita o en la que se habita.

El hecho es que cuando el ser humano se sumerge en su interioridad más íntima, posibilita abrirse a una experiencia de encuentro con Alguien que no reconoce propiamente como su yo, sino como una Alteridad. Esta apertura a la experiencia de la Alteridad originaria se produce en el acto del ensimismamiento, pero este acto no puede describirse en términos de narcisismo.

Ese reconocimiento de la Alteridad exige del sujeto el éxodo, la salida de sí, el transcendimiento y descentramiento indispensables para coincidir con el Misterio, mayor que su corazón, en el que vive. Desde la perspectiva cristiana la interioridad no es el lugar al que me retiro, sino la toma de conciencia de que estoy dentro de Alguien o con Alguien.

Por otra parte, la relación con la alteridad del otro humano, de tu prójimo al que no se puede ser indiferente, hace que la consideración del otro sea indispensable para el descubrimiento de las riquezas de la propia interioridad, y para verificar la autenticidad del descentramiento en la trascendencia insondable e inabarcable del Misterio.

Así pues, la interioridad por la que apostamos los centros educativos de EDUCSI nos debe ayudar a cobrar autoconciencia de ser y de hondura interior, y de que no soy sino en relación con los demás y con el Otro; en definitiva, nos conduce a conectar con la alteridad y con el Misterio. Una interioridad que nos posibilita y conduce a una espiritualidad que abra al sentido de la existencia, al goce de la belleza y de la cultura, a la comprensión de la realidad profunda de los fenómenos y a la trascendencia.

La interioridad que buscamos y queremos cultivar tendrá siempre una doble referencia, nos ha de conducir hacia la alteridad con los otros y a la trascendencia, distinguibles pero inseparables. En cuanto a la alteridad una interioridad que no apunte a la justicia, la compasión y la caridad no será la nuestra. En cuanto a la trascendencia la interioridad que pretenderemos será siempre una interioridad habitada por los otros y por el Otro, en el que están todos, que posibilite irlos viviendo como íntimamente relacionados con lo que soy, haciéndome progresar en empatía, compasión y ternura hacia ellos, en definitiva en fraternidad.

Apostamos por una interioridad que señale al Misterio y a los prójimos, que tiene que ver con la ternura, obviamente, porque tiene que ver con el amor, inseparable de la justicia, de una justicia vivida desde Dios que es amor misericordioso.

2.- ESPIRITUALIDAD

a) Interioridad y espiritualidad

Ya se ha comentado que interioridad es un ámbito amplio difícil de definir; con todo, podemos afirmar que la interioridad, cuando se plantea como ámbito que apunta a la trascendencia, que trata de encontrar respuestas holísticas, cuando pretende experimentar una fuente de sentido y unificadora del ser, nos conduce a la espiritualidad.

La interioridad es un ámbito de la persona que, en la medida en que se pone en movimiento, toma una dirección, nos lleva al actuar, al sentido que se da la persona a sí misma, se vuelve espiritual. Cuando al cuidado de la dimensión interior le sumamos un sentido (ético, estético, noético), ese cuidado se convierte en búsqueda espiritual. No es pensable una espiritualidad sin interioridad. Interioridad y espiritualidad van estrechamente unidas. La interioridad se puede presentar como una dimensión autónoma, que tiene valor por sí misma, y que acabará desarrollándose, o no, en una espiritualidad laica o religiosa.

Podemos entender la espiritualidad como:

- una apertura, un trayecto, un proceso
- hacia el ámbito de la experiencia y conocimiento que va más allá de lo racional.
- que abarca la totalidad de la experiencia humana, a la que llena de sentido,
- que tiene como característica clave el desplazamiento del ego del lugar central de la vida humana,
- lo que permite que emerja en este espacio central una experiencia poderosa,
- indefinible y realizadora, que aparece como un fundamento sin forma,
- expresado históricamente mediante imágenes y símbolos, complementarios y diferentes (Unidad, Absoluto, Vacío, Dios, Silencio, Amor, Sabiduría, Energía, Misterio, etc.).

La espiritualidad es una potencialidad que responde a las inteligencias múltiples que desarrolló, hace más de dos decenios, Howard Gardner. Responde en parte a la inteligencia intrapersonal (el conocimiento de uno mismo) y en mayor grado a la que ha denominado existencial o trascendente. Es la que nos faculta para preguntarnos por el sentido de la existencia, para tomar distancia de la realidad, para elaborar proyectos de vida, para trascender la materialidad, para interpretar símbolos y comprender sabidurías de vida. El ser humano es capaz de un conjunto de actividades que no se explican sin referirse a este tipo de inteligencia. Está especialmente cultivada en los grandes maestros espirituales, en los filósofos y artistas, también en los creadores.

La espiritualidad se suele referir a una relación personal con una fuente universal, un poder o una divinidad. Esa relación evoca esta esencia espiritual que, para unas personas, mediante una serie institucionalizada de creencias y rituales compartidos colectivamente, variables según culturas, se puede denominar religión y, para otras personas, centrado en algo menos organizado, en algo más personal y difuso, se denomina sencillamente espiritualidad.

De lo expuesto se desprende que por espiritualidad, sin adjetivos, se entiende algo personal, subjetivo, espontáneo, privado, natural, de experiencia universal, de carácter funcional para afrontar problemas de sentido, formas de ser y de creer que tienden hacia la plenitud.

La proliferación en nuestra sociedad de experiencias espirituales –inducidas o espontáneas– desvinculadas del contexto religioso convencional, hace que se den espiritualidades laicas y experiencias espirituales fuera del marco de las religiones. Para juzgar de su valía, de unas y otras, habrá que analizar los comportamientos que generan y su relación con la realidad.

Como se ha dicho, lo espiritual en el ser humano permite el ejercicio de la libertad y tomar distancia de la vida instintiva. *Lo fundamental es invisible a los ojos*, decía Saint Exupéry. No se conoce a un ser humano hasta que no se penetra en su vida espiritual, hasta que no nos da permiso para acceder a este territorio. Lo espiritual es interior sí, pero se expresa en lo corporal, en el gesto, en la palabra, en los símbolos, en el silencio, en el obrar y, de un modo particular, en la creación artística. No tiene una vida paralela; está profundamente arraigado en lo corporal y en lo íntimo de la persona.

La interioridad, articulada en torno a una dirección, nos posibilita vivir el momento presente con densidad y es condición de posibilidad para la propia transformación personal y para una acción comprometida con la realidad. La riqueza de la interioridad es clave para encontrar sentido al vivir y gustar de una espiritualidad que enriquece, porque la interioridad será el espacio en el que puedo experimentar qué es la libertad humana y desde dónde puedo percibirme como un “yo” recibido por Alguien, como don de Alguien; aprendizaje que posibilita que el sujeto se pueda entregar de forma íntegra, en cada acción, por pequeña que sea.

b) Cultivo de la espiritualidad

Es evidente que en nuestro quehacer educativo nos interesa, debe preocuparnos y convertirse en objetivo primordial, el cultivo de la espiritualidad. En primer lugar en sentido amplio, entendido como el dotar al sujeto de un sentido para su yo en la vida y de una dirección a la que empujar la vida. Pero también entendido en un significado más concreto, en aquel en el que

los grandes maestros de las nobles tradiciones religiosas enseñan, con distintos caminos y métodos a cultivar y desarrollar la espiritualidad.

Como el cuerpo, la espiritualidad también requiere de una ejercitación para que alcance su plena madurez. En este punto, parece de justicia reconocer que las tradiciones religiosas son herederas de un proceso, en algunos casos milenarios, de sedimentación de prácticas y experiencias espirituales, que las convierte potencialmente en maestras en el cultivo de la espiritualidad y en el desarrollo de la interioridad. Digamos que las religiones son, potencialmente, unos “andadores” de lujo, difícilmente sustituibles, a la hora de enseñar a caminar a las personas por la difícil senda del cultivo del “espacio interior espiritual”.

3.- ESPIRITUALIDAD CRISTIANA

a) Espiritualidad y Dios

Hemos apuntado más arriba que la interioridad por la que apostamos es una interioridad que posibilita la apertura a la Alteridad originaria y al descubrimiento de los otros. La interioridad que queremos cultivar, pues, es la viva conciencia de que todo está dentro del amor, de la vida, del Absoluto, de Dios. La interioridad no es el lugar donde yo me retiro por decisión propia, sino es caer en la cuenta de que yo estoy dentro de Alguien o que hay Alguien dentro de mí. La interioridad es consubstancial a la existencia. No es algo estático, sino dinámico: la constante fuerza centrípeta hacia lo Absoluto. La conciencia de estar “dentro” de Dios, de que todo está dentro de Dios, descubrir esta conciencia y gozarla es para nosotros ser una persona interiorizada. Todo el mundo tiene la posibilidad de descubrir su interioridad, de descifrarla y, conociéndola, amarla y vivir desde ella. Es entonces cuando se nos da la llave para dar un nuevo paso y abrir la puerta de la espiritualidad.

La interioridad, desde la perspectiva cristiana, desplegada en interioridad no puede prescindir nunca del éxodo del yo, hacia el Otro, y eso provocará la relación entrañable con el misterio mismo de Dios que es amor (1 Jn 4,8). Es el misterio mismo que en el cristianismo se define como Dios-Trinidad.

Por eso la interioridad para una persona cristiana siempre es espacio para acoger, espacio desde el cual salir hacia el otro, en un movimiento de amor y de pasión, es decir, participación en el movimiento trinitario que desde el amor sale de sí en amor por la creación e introduce lo creado en este juego de amor. El cristiano vivirá su interioridad, transformada en espiritualidad, con amor y pasión.

b) Jesucristo culmen de interioridad.

Para los cristianos, el Absoluto, descubierto como amor, como Dios trinitario, se conoce y se desvela en su plenitud en el hacer y decir de Jesucristo, en su persona.

Como cristianos creyentes nuestra experiencia del Todo y del Uno, en nuestra interioridad, nos lleva a Cristo, la fuente, la presencia, la meta y el sentido de nuestro mundo interior. En Cristo intuimos a ese Otro que sentimos en nuestro interior, más íntimo que nosotros mismos, y a la vez habitándolo todo. Cristo termina siendo el objetivo de nuestro camino a nuestra interioridad. Si

renunciamos a la persona de Cristo en cuanto camino para adentrarnos en lo Absoluto “absoluto”, en lo que está más allá de toda forma y concreción, nos perdemos; porque además de ser Jesucristo la meta de nuestra búsqueda, es referencia y modelo de persona que con mundo interior pleno, vive la realidad comprometidamente desde su ser más íntimo.¹

Y de ahí que la pedagogía que nos lleve a la interioridad de cada persona, desde nuestra perspectiva, no culmina y no se completa si no busca entregar y descubrir a Cristo en lo más íntimo del ser, en los repliegues del corazón humano; un Cristo que seduce por su hondura, su descentramiento y generosidad y que invita a salir del sujeto mismo, para descubrir a los otros como hermanos, amar la realidad, defectuosa e incompleta como es, y comprometer el yo y todo lo suyo, para transformarla. El compromiso social, la solidaridad con los vencidos, viene a ser como la prueba definitiva de un cultivo de la vida interior que merece la pena. Sólo la experiencia *religiosa, religada al interior*, puede fundar y consolidar el compromiso con los desgraciados o los débiles, y darle la resistencia y la duración necesarias.

Hoy, los cristianos, animados por el vivo deseo del diálogo interreligioso, de tolerancia y aprecio a los otros, tal vez, confundimos el acercamiento y la humildad con un sincretismo o una nivelación que nos empobrece a todos. En la sociedad multicultural y multirreligiosa que vivimos, entendemos que no se trata de difuminar nuestros perfiles cristianos y de diluir nuestra específica espiritualidad cristiana, más bien al contrario, debemos ser conscientes de que hay un lugar de unión entre lo increado y lo creado, entre todo y todos, y este lugar es Cristo Jesús, y en Él todo está recapitulado para participar en esta unión, más allá de los meros sistemas religiosos u opciones personales.

c) Espiritualidad para entregarse

Desde la espiritualidad cristiana, cuando me sumerjo en mi interior, descubro que, paradójicamente, en lugar de replegarme en mí, cuidar sólo de mí y atender lo que a mí me pasa, soy más yo al salir de mí, es decir, al dejar de alimentar mi ego. En el proceso de construcción de la identidad personal, el ego se convierte en el gran estorbo. El ego es una tendencia, que anida en el corazón de toda persona que le lleva a venerarse a sí mismo y a considerarse el centro de la historia, a vivir una interioridad autorreferenciada. Es por ello por lo que se presenta como el obstáculo fundamental al descentramiento para abrirse al Otro y a los otros.

El que se limita a escucharse a sí mismo y a olvidarse del Otro y de los otros, se reduce, en último término, a la nada. El cultivo del ego como estilo de vida tiene como término final el nihilismo de la desesperanza.

Sólo el que se abre al Otro y le escucha, es capaz de ir más allá de sus límites personales y del campo de extensión del ego. El ego no se puede identificar con el yo. La negación del ego significa liberarse de esa tendencia tan arraigada dentro de nosotros a pensar, prioritariamente, en nosotros y olvidarnos del Otro y de los otros. La negación del ego, por lo tanto, no debe identificarse jamás con la negación del yo. No significa, ni mucho menos, la negación de la singularidad de cada ser humano; más bien al contrario en la medida en que el yo se abre

¹ Reiteradamente aparece Jesús en los evangelios retirándose a la soledad, buscando silencio y oración, (Por ej.: Mc 3, 7; Jn 6,15), admirando la naturaleza (Mt 6,26), actuando desde su mundo interior (*profundamente conmovido*, Jn 11, 34) o comprometido con la realidad que le rodea desde su vinculación al Absoluto. *Sed compasivos como vuestro Padres es compasivo*. Lc 6,36.

excéntricamente a los otros, se recrea constantemente y se desarrolla con fecundidad, mientras que, en la medida en que el yo se encierra de un modo solipsista, se empobrece y la perspectiva vital queda extraordinariamente limitada.

Se ha dicho más arriba que las grandes religiones son sabidurías milenarias expertas en espiritualidad; pues bien, en todas las tradiciones religiosas la llamada a ese descentramiento como cumbre y horizonte de la espiritualidad es constante. Con unas u otras palabras, siempre se le recuerda al sujeto que, si quiere que su viaje al interior de su persona sea auténtico y valioso, tanto más se aprovechará *cuanto más saliere de su propio amor, querer e interés* (EE. EE. 189).

Es aquí donde debe culminar el trabajo de la interioridad. La dinámica de sumergirse en el propio interior, de entrarse en lo más profundo de uno mismo, de conocerse y poseerse, de encontrarse allí con un Dios amor, paradójicamente debe inducir a escuchar la invitación a salir al encuentro de los otros. Invitación que, con gozo y dolor, llama a practicar la empatía y la compasión, a actuar desde el agradecimiento y con generosidad, a ejercer la comprensión y el perdón, a trabajar por la justicia o, incluso, a estar dispuesto a entregar lo propio y hasta la propia vida, por y para los otros. Es aquí a donde quiere conducir la espiritualidad cristiana.

4.- INTERIORIDAD, EDUCACIÓN Y EVANGELIZACIÓN EN LOS CENTROS DE LA COMPAÑÍA

Así pues, desde lo expuesto previamente, nuestros proyectos educativos, en todas sus dimensiones, deben trabajar:

- 1) la interioridad, entendida como enriquecimiento del mundo interior del sujeto,
- 2) la espiritualidad, como apertura a la trascendencia y
- 3) la propuesta de vinculación con Jesús, como más íntimo que el yo interior, que solicita el afecto e invita a salir al encuentro de los otros.

La interioridad ha de formar parte del currículo y del aprendizaje de nuestros alumnos, junto a otros muchos aprendizajes. Deberá ser cuidada de forma especial, pues la cultura que viven nuestros alumnos les provoca permanentemente estimulaciones externas que les generan superficialidad y fragmentación personales. Es necesario ayudarles a descubrir su rico mundo interior y a conectar con él, pues de ello dependerá la calidad de sus vidas, la integración de su ser y de sus saberes, su autenticidad y sus proyectos vitales.

A ello nos ayudará la aplicación de la Pedagogía Ignaciana que ha pretendido siempre una educación integral que irá más allá de la mera adquisición de conocimientos. Atenderemos a un primer nivel, que pertenece al campo de la educación personal humana, que es el cultivo de lo interior, que tiene que ver con la práctica de la soledad, el gusto por el silencio, la contemplación estética, la expresión artística, la práctica de la meditación, el diálogo socrático e incluso el ejercicio físico... pero ello, con valor en sí mismo, es también una puerta abierta a la expresión y al cultivo del desarrollo de la espiritualidad. Sin ningún tipo de educación del silencio, sin un cierto conocimiento experiencial de la gratuidad, sin la capacidad de entrar dentro de uno mismo,

sin el cultivo de la capacidad contemplativa y de asombro, difícilmente se puede educar, ni tampoco cultivar la espiritualidad.

Dado que la dimensión espiritual es un potencial que tienen todas las personas, el cultivo de esta dimensión es un objetivo ineludible para con todo el alumnado en los colegios de la Compañía.

Pedagógicamente es muy importante subrayar que intentar una experiencia espiritual sin tener en cuenta elementos de la interioridad, es un error grave, que termina no en espiritualidad, sino en ideología; es querer que entre lo *sagrado* por una puerta falsa, por lo meramente intelectual, y eso es un desacierto craso. Pero, a sensu contrario, dejar la espiritualidad a merced únicamente de la subjetividad de la interioridad, corre el peligro del autoengaño, y de fabricarse una espiritualidad autocomplaciente, proyectiva de carencias e ilusiones enfermizas.

Si lo espiritual es innato y común a todas las personas, la espiritualidad presupone la interioridad y la educación de la interioridad puede predisponer a la apertura espiritual. En nuestra propuesta educativa, con respeto a la libertad y opciones personales de cada cual, lo espiritual se canaliza a través de las creencias, prácticas, y universos simbólicos cristianos, en los que la persona de Cristo se ofrece como referencia y cumbre de saber espiritual.

Bien es cierto que no existe un único modo, sino una pluralidad de formas que la experiencia y la historia nos han legado para trabajar el mundo interior y la espiritualidad, pero un principio parece claro: todo crece a la vez, y todo debe cultivarse a la vez. La interioridad, la espiritualidad y la experiencia cristiana avanzan juntas, y ello en el tiempo, con la relación personal y en las diversas áreas de aprendizaje.

El trabajo del enriquecimiento interior de los alumnos, como aspecto de la acción educativa y evangelizadora de nuestros centros, es una tarea que incumbe a todos los educadores, cualquiera que sea su función específica, pues es un objetivo fundamental que posibilita la educación en lo que tiene de más propio: desarrollo y crecimiento integral. Sin llegar al corazón, a la interioridad, es imposible un verdadero proyecto educativo y un adecuado proceso pastoral. Por ello, la interioridad, la espiritualidad y la espiritualidad cristiana, cada una con su autonomía, pero en gran interrelación, deben trabajarse coordinada e interdisciplinariamente, en todos los cursos y con las metodologías propias de cada edad.

Así pues, la interioridad constituye una dimensión que debe trabajarse a través de las distintas áreas del currículo, además de en la tutoría, en la actividad pastoral o en otras actividades formativas. Ello conlleva, como bien indica la Pedagogía Ignaciana, proporcionar experiencias, (conocimiento más sentimiento consciente y reflexión), situaciones de aprendizaje que a los alumnos les toquen por dentro, que les descoloquen, que les remitan a preguntas vitales, que les lleven a mociones interiores. Alcanzar el interior del sujeto no sólo, ni principalmente, se puede hacer con ideas, se necesitan auténticas experiencias, en el sentido que ello tiene en la Pedagogía Ignaciana, para poder cultivar la interioridad.

Una forma de experiencia es la contemplación como acceso al conocimiento, basada sobre todo en las capacidades de atención y de silencio interior, y ello proporciona una sabiduría interior que tiene que ver con el sentido, la belleza, lo sagrado, Dios, la comunión con la naturaleza o la

felicidad. La contemplación es el ejercicio más profundo de la interioridad. Esto implica que la capacidad de contemplación debe ser una destreza clave del aprendizaje de nuestros alumnos.

En la dimensión académica, si en verdad quiere desplegarse como Pedagogía Ignaciana, debe posibilitarse la incorporación, en cualquiera de las áreas del currículo, del desarrollo de la interioridad, la apertura al misterio y el crecimiento espiritual, y en este sentido debe programar entre sus objetivos, por ejemplo: la capacidad de asombro por lo que se estudia, el gusto por aprender, la apertura a la trascendencia y la relación con las explicaciones religiosas, las opciones personales, las emociones, las implicaciones humanas de lo que se aprende, el disfrute...

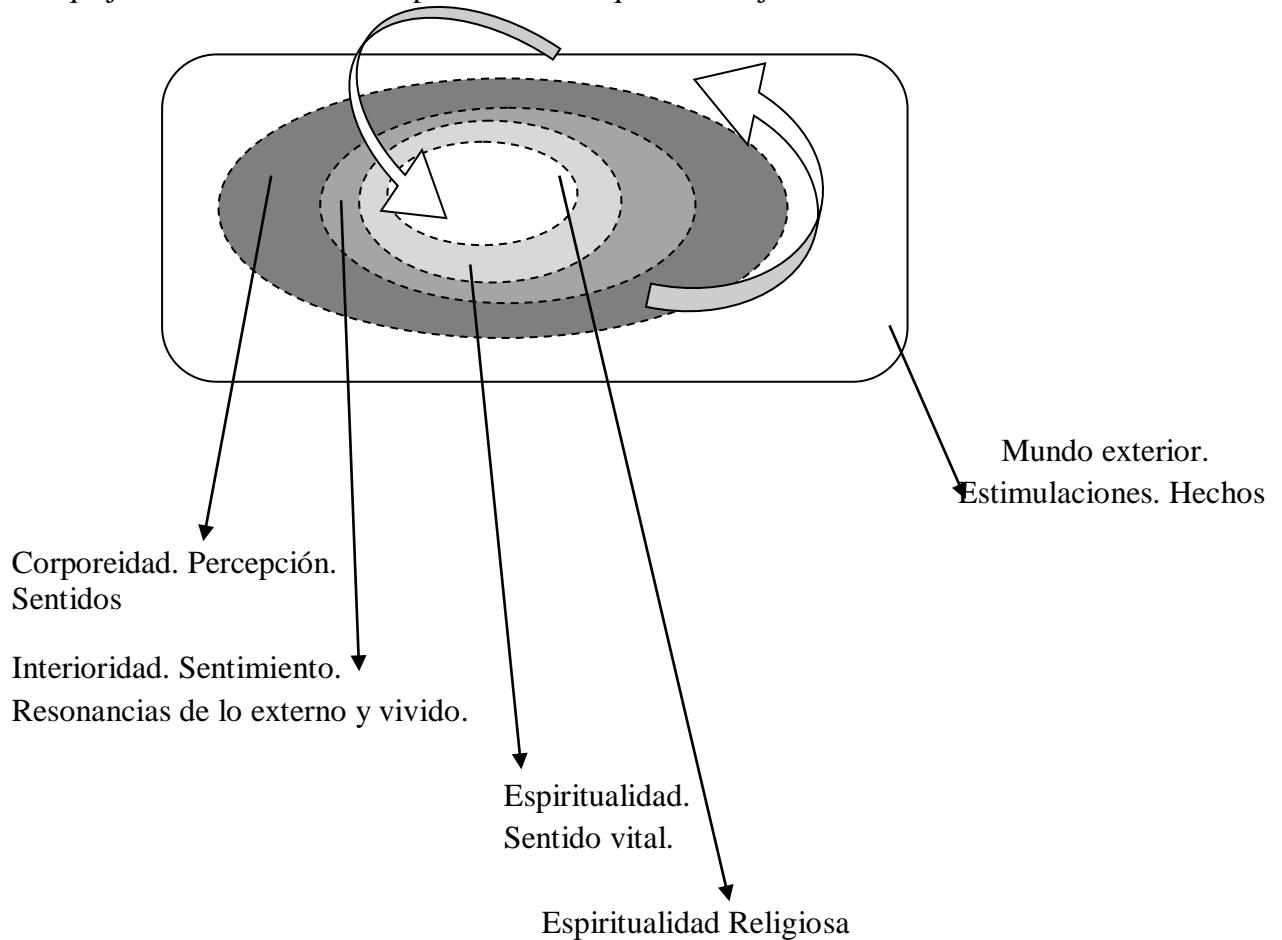
También es fundamental para el desarrollo de la interioridad y el cultivo de la espiritualidad el trabajo de la dimensión tutorial. Es aquí donde las propuestas educativas explícitas sobre valores, el sentido de la vida y la relación con Dios, la gestión de la dinámica de convivencia del grupo, el acompañamiento personal... deben ofertar al sujeto ocasiones para ir realizando sus opciones de sentido; la *cura personalis* es el lugar más apropiado para remitir al sujeto al desarrollo y despliegue de su mundo interior y a delinear su personal proyecto de vida.

También las actividades paraescolares, deportivas o culturales (música, pintura, teatro, ritmo...), de tanta importancia en nuestros proyectos educativos, han de ser ocasiones excelentes para crecer en la conciencia del mundo interior, pues esas actividades son pura experiencia donde el sujeto se vive con otros, se expresa con el cuerpo, mide sus posibilidades, fracasa o triunfa, prueba la autenticidad de sus opciones éticas... Será oportunidad y responsabilidad de los monitores aprovechar el tiempo dedicado a esas actividades para convertirlo en proceso de conocimiento y enriquecimiento interior y espiritual para el alumno.

Como se ha expuesto a lo largo del documento, el cultivo de la interioridad se prolonga en la vivencia espiritual y adquiere su culmen en la propuesta a la adhesión cristiana. En este sentido la Pedagogía Ignaciana, la educación de la Compañía, la pastoral de un centro educativo de jesuitas, cultivan la interioridad, porque en el fondo, lo que se busca es posibilitar una experiencia de autorreconocimiento y de sentido; que, desde la libertad de cada cual, llevada a su plenitud, aspirará a la adhesión y a la amistad con Cristo, que se traducirá en acción y compromiso generoso.

La pastoral en nuestros centros, asumiendo el trabajo de interioridad y de espiritualidad que se supone realiza toda la actividad colegial, junto con otras actividades del centro, tiene como específico ayudar al alumno a descubrir en su interior la posibilidad del encuentro con el Absoluto, con Dios; a descubrir a Cristo en lo más profundo del ser y cultivar su relación con Él. Por eso, la pastoral acompañará al alumnado a procesar como creyente todo lo que está viviendo y le ayudará a salir de sí para entregarse y responder con generosidad a las llamadas que resuenan en su interior y que le llegan del exterior y que le invitan a ser más él

Bosquejo de la estructura de la persona con la que se trabaja



- El sujeto está en permanente interacción entre su mundo interior y el mundo exterior.
- Los ámbitos no son departamentos estancos. Fronteras difusas, y permanente interacción